

Baden, en la mesa de una posada, su informe á su soberano, y lo hizo llevar á toda prisa por un agregado á la legación sarda en Suiza. Dícese que Víctor Manuel exclamó al leerlo: «Dentro de un año seré rey de Italia ó simplemente señor de Saboya.»

El conde de Cavour continuó algunos días sus peregrinaciones de viajero, y no estuvo de vuelta en Turín hasta el 30 de julio. El príncipe de La Tour d'Auvergne, ministro de Francia en Cerdeña, escribía al conde Walewski el 15 de agosto: «Los comentarios, en su mayor parte inverosímiles, á que ha dado margen al viaje de M. de Cavour á Plombières han cedido el puesto á impresiones más cuerdas y más verdaderas sin duda. Hoy todo el mundo está persuadido, y el mismo M. de Cavour confirma esta opinión en las conversaciones íntimas, de que el emperador ha aconsejado vivamente al primer ministro del rey Víctor Manuel que tenga prudencia y moderación, y añadiré que se confía en que estos consejos, salidos de una boca augusta, darán sus resultados. Sin embargo, M. de Cavour se muestra sumamente satisfecho y agradecido á la acogida que ha merecido de S. M. en Plombières. Acerca de este punto me ha dado minuciosos detalles que prueban la impresión viva y favorable que conserva de la benevolencia con que se le ha tratado. Creo saber que el rey Víctor Manuel tampoco disimula el contento que le ha causado la carta de S. M. el emperador.»

Este despacho parece probar que el mismo ministro de Francia en Turín ignoraba lo que había pasado en la pequeña población de los Vosgos.

Detalle característico: el *Moniteur*, por lo general lleno de relatos de los dichos y hechos del emperador, no habló de él durante el mes que pasó en Plombières, y ni siquiera hizo mención de la visita del conde de Cavour. Napoleón III, en ocasión de esta visita, tenía trazas de conspirador más bien que de monarca. Separado de su esposa, había preparado en la sombra su belicoso complot. Tuvo cuidado de concentrar la atención pública, no en la entrevista de Plombières, sino en la que iba á tener con la reina Victoria en Cherburgo. Sabiendo muy bien que la reina y el príncipe Alberto distaban mucho de ser favorables á sus proyectos de guerra y de modificaciones territoriales en Italia, procuraba disimularlos. Por otra parte, en el momento en que se preparaba á recibir los entusiastas testimonios de afecto de la religiosa Bretaña y de su clero, se guardaba mucho de dar á conocer á semejante provincia su reciente entrevista con Cavour, el autor de la ley sobre conventos, el adversario del poder temporal de los papas, el hombre de Estado más sospechoso para el partido católico. Napoleón III quería presentarse en Bretaña bajo un aspecto esencialmente religioso y conservador.

XXVII

LA ENTREVISTA DE CHERBURGO. — LA ESTATUA DE NAPOLEÓN

El conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros, escribió el 10 de julio de 1858 al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, embajador de Francia en Londres: «El emperador y la emperatriz irán el 4 del mes próximo á Cherburgo, y creo inútil deciros cuánto se felicitan SS. MM. de saber que allí recibirán la visita de la reina y del príncipe consorte. Renunciarán con mucho gusto á cualquier otra atención para dedicar enteramente todo el día 5 á sus ilustres huéspedes, y aprovecharán esta ocasión con la satisfacción más sincera para renovarles personalmente la expresión de sus sentimientos. El gobierno del emperador, señor mariscal, participará de esta satisfacción de SS. MM., porque ve en la presencia de S. M. Británica y del príncipe consorte una nueva prenda de la amistad de las dos cortes y de los dos países, y no dudamos de que este suceso produzca, lo mismo en Francia que en Europa, la impresión más favorable.»

El mariscal respondió el 11 de julio: «No cabe duda de que la reina se alegrará de volver á ver al emperador y á la emperatriz y de recibir la confirmación de que SS. MM. renuncian con solicitud á todo otro cuidado para dedicar enteramente el día 5 de agosto á sus ilustres huéspedes. Desde el 5 de julio sabía yo en Alderscholt lo que con algún retraso me anuncia vuestro despacho del 10. La reina me había dispensado el honor de decirme que había alcanzado una buena y pacífica victoria, al oír lo cual me incliné respetuosamente diciendo: «Victoria fácil, puesto que la alta benevolencia de V. M. había allanado todos los inconvenientes.»

»En un despacho telegráfico expedido en Plombières á las 9 y 45' noche del 7 de julio, el emperador me preguntaba: — ¿Estará la reina en Cherburgo el 5 de agosto? Contestación pronto. — Yo le contesté sin tardanza: — La reina me ha dicho positivamente que llegaría el 4 por la noche y pasaría el día 5 con V. M. — Y el 7 de julio S. M. volvía á telegrafiarne: — Me alegraré mucho de volver á ver á la reina. Estaremos en Cherburgo el 4, á las cinco de la tarde.

»Convendrá V. E. conmigo en que ante esta serie de informes no ha podido menos de parecerme algo tardío vuestro despacho del 10.»

El miércoles 4 de agosto de 1858, el yate real *Victoria and Albert* sale de Osborne llevando á bordo á la reina, al príncipe Alberto y al príncipe de Gales. A unas seis millas de Cherburgo se reúne con los barcos que formarán la impo-

nente escuadra real durante la permanencia de la reina y que ha salido seis horas antes que ella.

El tren imperial llega á Cherburgo á las cinco de la tarde. El alcalde presenta al emperador las llaves de la ciudad. En medio de la estación se ha levantado un altar, y el obispo de Coutances, rodeado de su clero, canta un *Te Deum*, al que sigue la recepción de las autoridades. Napoleón III y la emperatriz hacen su entrada en la ciudad en medio de una inmensa muchedumbre que los aclama, y se dirigen á la prefectura marítima, donde tienen preparado alojamiento.

A las siete y media de la tarde en todos los buques y en todos los fuertes se hacen salvas de artillería que anuncian la entrada en la bahía de S. M. Británica. Media hora después se oye gritar: «¡Que llega el emperador!» Los marineros suben á las vergas, tocan las músicas, resuenan las aclamaciones. Napoleón III y la emperatriz se embarcan en una hermosa canoa blanca que lleva una tienda de terciopelo verde con un águila de oro. El príncipe Alberto recibe á SS. MM. al pie de la escala real y la reina Victoria arriba. El emperador sube primero; le sigue la emperatriz, que lleva un vestido de seda blanca y lila y un sombrero guarnecido de encajes blancos y negros. La reina abraza á entrambos. Allí están también el duque de Malakoff, llegado de Inglaterra en el yate real, el general Niel, la princesa de Essling y el prefecto marítimo. La reina y el príncipe Alberto llevan á SS. MM. á un salón en el que comienza la conversación. Dejemos la palabra á la reina: «El emperador, dice en su diario, parecía muy embrazado; la emperatriz menos, y muy afable. El emperador preguntó con ansiedad si seguía siendo tan vivo en Inglaterra el sentimiento contra Francia y si aún se aguardaba allí una invasión. Nos hemos sonreído y le hemos dicho que el enojo se había calmado mucho, pero que los malhadados mensajes de los coroneles habían hecho bastante daño. El emperador contestó que tal era también su parecer, pero que se le habían dirigido aquellos mensajes sin que él hubiera tenido noticia de ellos y que había sentido mucho verlos publicados.»

A las nueve Napoleón III y la emperatriz regresan á la prefectura marítima: todos los barcos están alumbrados con luces encarnadas y azules.

Jueves 5 de agosto. — Al mediodía la reina y el príncipe Alberto, acompañados del príncipe de Gales y del duque de Cambridge, devuelven la visita á SS. MM. Desde el puerto hasta la prefectura marítima están formadas las tropas en la carrera. Después de almorzar la emperatriz se ocupa del daño que causan los periódicos y refiere con todos sus detalles el atentado de Orsini.

A las dos, SS. MM. II. y sus huéspedes van en coche á admirar desde las alturas que domina el fuerte de la Roule el magnífico espectáculo que presenta en aquel momento la rada de Cherburgo.

Por la noche el emperador ofrece un banquete á sus huéspedes á bordo del navío imperial la *Bretaña*. El monarca los recibe al pie de la escala de honor del buque: los hurras de la tripulación y los gritos repetidos de ¡viva la reina de Inglaterra! anuncian á las escuadras que la soberana del Reino Unido acaba de

poner el pie en un barco francés. En la batería alta de la *Bretaña* se ha puesto una mesa de setenta cubiertos. La reina se sienta entre el emperador y el duque de Cambridge, y el príncipe Alberto enfrente entre la emperatriz y la condesa de la Bedoyère. Llegase á los brindis, el momento terrible, como dice la reina, á quien le parece muy bien el que pronuncia el emperador con voz sonora: «Brindo á la salud de S. M. la reina de Inglaterra, dijo, á la del príncipe que comparte con ella el trono, y por la familia real. Al pronunciar este brindis en su presencia á bordo del navío imperial francés en el puerto de Cherburgo, me congratulo de poder expresar los sentimientos que respecto á ellos nos animan. En efecto, los hechos hablan por sí mismos, y prueban que las pasiones hostiles, auxiliadas por algunos incidentes desgraciados, no han podido alterar la amistad que existe entre las dos coronas ni el deseo de vivir en paz que tienen ambos pueblos. Por eso abrigo la firme esperanza de que si se quisieran despertar rencores y pasiones de otra época, se estrellarían ante el buen sentido público, como las olas se estrellan contra el dique que en este momento resguarda de la violencia del mar las escuadras de los dos imperios.»

La reina está muy conmovida; su marido va á hablar: «es, dice, un momento de tortura que no quisiera volver á pasar.» El príncipe Alberto se expresa en estos términos: «Señor, la reina desea que yo exprese á V. M. cuánto agradece la nueva prueba de amistad que acabáis de darle brindando por ella y pronunciando palabras que siempre le serán gratas. V. M. conoce los sentimientos que os profesa á vos y á la emperatriz, y no necesito recordároslos. Asimismo sabéis que la buena inteligencia entre los dos países es el objeto de todos sus deseos como lo es de los vuestros. La reina se considera doblemente feliz por tener ocasión, con su presencia aquí en este momento, de unirse á V. M. procurando estrechar todo lo posible los lazos de amistad entre las dos naciones. Esta amistad es la base de su mutua prosperidad, y no le faltará la bendición del cielo. La reina brinda á la salud del emperador y de la emperatriz.»

Sigamos oyendo á S. M. Británica: «Alberto, dice en su diario, ha salido airoso de su brindis, aunque ha titubeado una vez. El emperador le ha estrechado la mano en el camarote y hemos hablado de la emoción que acabábamos de experimentar. Hasta el emperador tenía algo demudado el semblante y la emperatriz estaba muy nerviosa. Yo temblaba de tal modo que no podía tomar el café.»

Hacia una noche magnífica y el espectáculo era encantador. Los barcos, alineados delante del dique, han iluminado sus bordas y presentan en una extensión de muchos kilómetros millares de luces que por un efecto de perspectiva parecen líneas inflamadas que salen del seno de las aguas. SS. MM. y sus huéspedes suben á la toldilla del *Bretaña* para presenciar los fuegos artificiales que se van á disparar en el fuerte central situado en medio del dique, monumento gigantesco del genio del hombre. Da el buque la señal, y el dique, construido á la entrada de una bahía inmensa y viniendo á formar el fondo del cuadro, se transforma al punto en un río de llamas. Todo el horizonte se ilumina.

Son las diez y media de la noche, hora á que la reina y el príncipe Alberto deben volver á su yate y el emperador y la emperatriz á la prefectura marítima. Las dos canoas se acercan rápidamente al barco. De pronto el *Bretaña*, que estaba en la sombra, aparece completamente iluminado. Por la rada se difunde vivísima claridad, los innumerables buques se llenan de luces multicolores, y resuenan las salvas de artillería. La reina y el príncipe consorte se embarcan en la falúa del emperador que va á acompañarlos con la emperatriz hasta el yate real y junto al cual se despiden SS. MM.

Al día siguiente la reina y su esposo regresan á Inglaterra. Un año antes, día por día, recibían en Osborne la visita de Napoleón III y de la emperatriz, y hacía precisamente un siglo, como el emperador se lo recordaba á la reina, los ingleses bombardeaban á Cherburgo. A las diez de la mañana, SS. MM. II. llegan en su canoa y suben á bordo del yate real con una numerosa comitiva en la que figuran el mariscal Vaillant, á quien la reina aprecia mucho, y el mariscal Baraguey d' Hilliers, quien, según ella dice, se muestra muy complaciente. SS. MM. se despiden con mucha cordialidad, se felicitan de la conveniencia de haberse vuelto á ver y se prometen verse de nuevo.

En resumen, la entrevista de Cherburgo ha sido afectuosa, pero la de Osborne lo había sido mucho más. El príncipe Alberto desconfía de Napoleón III; lo que ha podido prepararse en Plombières, entre el emperador y el conde de Cavour, inspira vagos recelos al príncipe, que continúa siendo alemán en el fondo de su corazón. A los dos días de haberse marchado de Cherburgo escribirá á la duquesa de Kent: «El emperador estaba preocupado y triste; la emperatriz parecía indispueta. Los preparativos de la marina francesa son inmensos; los nuestros lastimosos. Nuestros ministros hablan mucho y hacen poco; se me enciende la sangre cuando pienso en ello.» Habían pasado los hermosos días de la *inteligencia cordial*. La reina Victoria seguía encantada de Napoleón III; pero la política del *hombre extraordinario*, como llamaba al emperador, tenía recelosos al príncipe Alberto y á los ministros de S. M. Británica.

*
* * *

En Cherburgo se preparaban dos grandes solemnidades. El sábado 7 de agosto de 1858 Napoleón III iba á inaugurar la nueva dársena abierta en el arsenal de la ciudad y el domingo 8 la estatua de Napoleón I. Desde el día 6, una inmensa muchedumbre que había acudido para ver la partida de la reina Victoria y presenciar las ceremonias del 7 y del 8 llenaba todas las calles de Cherburgo. Seguía haciendo un tiempo magnífico. Después de despedirse de la reina, los emperadores almorzaron á bordo del *Bretaña* y luego visitaron sucesivamente los navíos de la escuadra fondeados en la rada. El emperador distribuyó por su propia mano cruces y medallas á los oficiales, sargentos y marineros que le iba presentando el almirante Hamelín, ministro de Marina.

El sábado 7 de agosto se celebró la inauguración de la nueva dársena del arsenal ó puerto militar con gran aparato, y á las seis de la tarde se botó al agua en presencia de los emperadores el navío *Ciudad de Nantes* de 90 cañones y 900 caballos. Al otro día Napoleón III inauguró la estatua de su tío, el vencedor de Austerlitz, erigida en la plaza Napoleón. Al descender el velo que la cubría, el alcalde pronunció un discurso alusivo al acto, al que contestó el emperador con otro, al terminar el cual hizo una exposición elocuente de un programa pacífico, cuya realización habría consolidado su dinastía mejor que todas las guerras. Siempre que habló como apóstol de la paz, en Burdeos en 1852 y en Cherburgo en 1858, sus ideas respondieron á los verdaderos votos de la opinión pública. De ello pudo persuadirse en vista de las aclamaciones sinceras que acogieron el final de su arenga. «Cuando hoy, dijo, se inauguran á la vez la estatua del gran capitán y la terminación de este puerto militar, la opinión no puede alarmarse. Cuanto más poderosa es una nación, más se la respeta. Cuanto más fuerte es un gobierno, mayor moderación introduce en sus consejos, mayor justicia en sus resoluciones. Entonces no se arriesga el reposo del país por satisfacer un vano orgullo ó por adquirir una popularidad efímera. El gobierno que se apoya en la voluntad de las masas no es esclavo de ningún partido; no hace la guerra sino cuando se ve obligado á ello por defender el honor nacional ó los grandes intereses de los pueblos. Continuemos, pues, desarrollando en paz los diferentes recursos de Francia; invitemos á los extranjeros á presenciar nuestras tareas, y que vengan como amigos, no como rivales. Hagámonos ver que una nación en la que reinan la unidad, la confianza y la unión, resiste á los arrebatos de un día y, dueña de sí misma, no obedece más que al honor y á la razón.»

En este discurso tan aplaudido y tan pacífico en la apariencia, había sin embargo una frase en la que no se fijó la atención, y que si la hubiera llamado, habría dejado presentir los dramas belicosos del porvenir; era aquella en que Napoleón III decía que un gobierno hace la guerra «cuando se ve obligado á ello *por defender los grandes intereses de los pueblos.*» La guerra de Italia estaba en germen en esta frase, pero nadie lo notó.

Después de su discurso, el emperador distribuyó cruces y medallas militares, y en seguida pasó revista á las tropas, á las tripulaciones y á los carabineros. A las dos, á los cañonazos de despedida de todos los barcos y de todos los fuertes, SS. MM. y su comitiva se embarcaron á bordo del *Bretaña*, que emprendió la marcha seguido hasta Brest por todos los buques de la escuadra. Hay que convenir en que Napoleón III era un gran director de escena. La inauguración de la dársena de Cherburgo y luego la de la estatua de Napoleón I, siguiendo inmediatamente á la visita de la reina de Inglaterra, habían causado impresión en todas las imaginaciones.